

# Lo que hemos sido

POR LUISGÉ MARTÍN

Aunque soy escritor, tengo el convencimiento de que quienes leen en exceso se vuelven, como don Quijote, imbéciles o, aún peor, engreídos, afectados y temerarios. No hay más que echar un vistazo a las plantillas de las editoriales o de los periódicos y darse una vuelta por cualquier congreso de escritores para comprobar que el contacto con el papel impreso, como con los microbios, solo acarrea enfermedades.

Hay, sin embargo, libros que amansan y curan. Libros que dejan en quien los lee un poso de sosiego y de cordura. Libros hilados casi siempre sin demasiados oropeles, con hebras bastas o sin elaborar. Libros que tratan de recobrar aquel viejo propósito de la literatura: contar la vida. En los últimos tiempos me he encontrado con dos de estos libros, que tienen, además, temática gay, y creo que merecen un pregón, aunque sea humilde.

El primero, de Marce Rodríguez y Mariola Cubells, se titula *Mis padres no lo saben*. Es un trabajo periodístico donde se recogen una treintena larga de testimonios reales en los que sus protagonistas, sin énfasis ni alboroto, cuentan cómo se enfrentaron a su homosexualidad y cómo les afectó, para gloria o para pena, la reacción de sus familias. Son confesiones secas, que tienen en la crudeza y en la simplicidad sus armas expresivas. Los argumentos de las historias ya los conocemos porque los hemos escuchado un millar de veces –en las revistas gays, en las confidencias de amigos, en la televisión–, pero es justamente ahí donde se produce el milagro: vuelven a emocionar y a conmover porque detrás de ellos se dibuja bien la carne real de alguien, el sufrimiento de un individuo del que nunca oímos hablar pero que de repente nos resulta cercano. No todas las historias son dramáticas ni desgarradoras, pero me parece que todas son tristes, porque en el fondo de lo que se cuenta queda un rastro de soledad inconsolable, un tiempo arrancado o roto que nunca se va a recuperar.

Pérez Reverte, en un artículo titulado *Amor gay*, se admiraba de la fortaleza que hay que tener para sobrevivir a esa vida llena de desastres afectivos que les ha correspondido casi siempre a los homosexuales: “A veces pienso en lo afortunado, o lo sólido, o lo entero, que debe de ser un homosexual que consiga llegar a los cuarenta sin odiar desahoradamente a esta sociedad hipócrita, obsesionada por averiguar, juzgar y condenar con quién se mete, o no se mete, en la cama. Envidia la ecuanimidad, la sangre fría, de quien puede mantenerse sereno y seguir viviendo como si tal cosa, sin rencor, a lo suyo, en vez de echarse a la calle a volarle los huevos a la gente que por activa o por

pasiva ha destrozado su vida”. Leyendo las historias de *Mis padres no lo saben* me pregunté muchas veces cómo era posible que esos individuos, abandonados de su propia familia, burlados por su amigos, asustados de lo que veían ahí afuera, en el mundo, no se hubieran convertido en enfermos mentales, en despojos o en asesinos. Y sin embargo hablan sin ira, con un estoicismo que a veces se convierte en alegría. Esta es la razón quizá de que sintamos orgullo: no de ser gays, sino de seguir ‘enteros’ después de haber hecho tanta travesía.

El segundo libro, *El mal francés*, de Lluís María Todó, tiene unas hechuras muy distintas pero su aliento es semejante. Todó, que hoy tiene 59 años, encontró un buen día los diarios que escribía en su juventud, cuarenta años atrás. En esos diarios, redactados con una prosa deliciosamente rebelde, el autor daba cuenta, entre otras cosas menos mundanas, de sus descubrimientos emocionales. A los 19 años acababa de dejar embarazada a una chica, se iba a Francia a estudiar en la universidad y comenzaba a comprender que la atracción sexual que sentía por los hombres era algo más que un accidente biológico circunstancial. De repente todo fueron encrucijadas y aprendizajes: el deber de comprometerse con la que era su novia –de casarse incluso– para ayudarla a criar al hijo que esperaba; la exploración de la política y de la vida cultural en Francia, que por entonces, todavía en el franquismo, era un paraíso para los jóvenes inquietos; y el hallazgo extraordinario de su sexualidad verdadera.

El diálogo que el Todó adulto entabla en el libro con el Todó joven, glosando las anotaciones de su diario, nos muestran ese camino de aprendizaje entre atormentado y jubiloso que un homosexual de aquellos años tenía que emprender. Las mentiras contadas delante del espejo, las pesadillas, la conformidad con que se encara el dolor. Y nos muestra, sobre todo, cómo se va formando poco a poco, con una lentitud que la convierte en invisible hasta para uno mismo, esa máscara o esa segunda piel con la que se acaba viviendo siempre. Alguien dijo que terminamos siendo lo que fingimos ser. *El mal francés* lo demuestra con virtuosismo.

Dos libros que cuentan lo que hemos sido. Dos libros excelentes.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).**